

JUAN XI.

familia de Marozia, habia debido Juan su trasladacion de la Iglesia de Bolonia al arzobispado de Ravena, y la misma influencia tuvo parte en su entronizacion en el supremo Pontificado. ¿Cómo ahora la misma Marozia le persigue, y se declara enemiga de él hasta el extremo de hacerle quitar la vida en una prision? Claro es que habia cambiado completamente la conducta de Juan. El que expiaba por medio de penitencias rigurosas sus antiguas faltas, habia conocido la grandeza de su ministerio, y se negaria á servir de instrumento á aquella inícuca mujer, y tal seria la causa de su sacrificio. Despues de él, subió á ocupar la Silla de San Pedro Leon VI, romano. Fué elegido á fines del mes de Julio de 928. Algunos escritores modernos le miran sin razon como intruso, no habiendo nada que pueda justificar esta opinion. Gobernó la Iglesia tan solamente siete meses y cinco dias, ocurriendo su muerte en 3 de Febrero de 929 y siendo enterrado en el Vaticano. Los autores antiguos convienen todos en que gobernó con tino y con prudencia, y que en el corto tiempo de su Pontificado, arregló los negocios de la Italia, y acabó de limpiarla de sarracenos. Su sucesor Estéban VIII, elegido en 3 de Febrero de 929, y que tambien era romano, tan solamente gobernó la Iglesia dos años, un mes y doce dias, con sentimientos de gran piedad y mansedumbre, siendo esto lo único que sabemos de este Pontífice, que murió en 15 de Marzo de 931, y fué sepultado en el Vaticano.

»Muerto Estéban, Marozia hizo elegir á un hijo suyo, al cual parece que habia tenido de Alberico, duque de Espoleto. El electo tenia solo veinte y cinco años, y se llamó Juan XI; pero no hizo más que algunas funciones de religion, sin el menor influjo en el gobierno de Roma, ni de la Iglesia. Alberico, otro hijo de Marozia, despreciado de su madre, juntó un gran partido entre los romanos, se hizo dueño del castillo de San Angelo, y de la ciudad, y puso presos á su madre y al Papa su hermano. Parece que entónces Alberico, en obsequio del emperador de Constantinopla, hizo que el Papa concediese perpétuamente el uso del palio á Theofilacto, patriarca de aquella ciudad, y á todos sus sucesores.

»Juan XI murió en su prision que era un calabozo del castillo de San Angelo, á los cuatro años y diez meses de su gobierno, á principios del año 936. Poco antes de su muerte y durante su cautividad

fué cuando su hermano Alberico le obligó á enviar á Constantinopla legados, que confirmaron, segun ya hemos manifestado, la promoción de Theofilacto á la Silla patriarcal de la ciudad imperial. Tal vez por su mansedumbre y resignacion, Rathier, obispo de Verona, su contemporáneo, llama á este Papa: *Pontifex gloriosæ indolis*.

»Creemos del caso las siguientes reflexiones que hacíamos en los *Siglos del Cristianismo*:

«Entre los grandes milagros que ofrece la Iglesia católica al hombre pensador es uno la unidad de doctrina. Atravesamos en nuestra narracion histórica una época la mas desgraciada que ha existido para la Iglesia. Los poderes tiránicos que dominaban en Roma, disponian á su antojo y capricho de la más augusta de las dignidades, cual es el Supremo Pontificado, á favor de sus hijos ó protegidos, sin tener en cuenta la edad, las virtudes ni la ciencia de los candidatos. Hemos visto (lo lamentamos y no podemos ocultarlo á fuer de historiadores) la cátedra pontificia deshonrada por la ambicion de los hombres audaces que sin ser llamados de Dios la ocuparon. Pero aquí mismo, en los hechos que hemos narrado, vemos vislumbrar la Providencia de Dios, y no podemos dejar de recordar la promesa que hizo Jesucristo al Príncipe de los Apóstoles, de que su fé no faltaria sobre la tierra. La Silla de Pedro ha sido siempre el centro de la verdad, de donde no ha salido jamas el menor error en materia de doctrina. A través de tantos escándalos como tuvieron lugar en época tan desacreditada, no se ha dado nunca un decreto que sea contrario á la fé, á las costumbres ó á la disciplina. ¡Oh, cuantos elementos de destruccion han agitado la nave de Pedro! ¡Cuantos enemigos exteriores é interiores ha tenido la Iglesia! Sin embargo, el dedo de Dios no puede menos de verse al observar la resistencia que ha ofrecido á la accion combinada de tantas causas. Dios no puso ángeles, sino hombres, al frente de su Iglesia. Estos han podido delinquir como tales hombres, pero jamás ni por un momento han errado en materias de fé. Este ejemplo no lo ha visto ni lo verá el mundo. Así, pues, el fenómeno de la unidad de la fé, que partiendo de la cátedra de Pedro se extiende á doscientos millones de católicos, no seria realizable por obra puramente humana. Los hombres no pueden hacer tales prodigios, que por grandes nos asustarian, si la misma luz de la fé no viniese

en nuestro auxilio. Admirábase el grande Bossuet y exclamaba: «¡Qué consuelo para los hijos de Dios! pero ¡que conviccion de la verdad cuando ven que desde Inocencio XI, que hoy ocupa tan dignamente la primera Silla de la Iglesia, se sube sin interrupcion alguna hasta San Pedro establecido por Jesucristo, como Príncipe de los Apóstoles; desde donde empezando por los Pontífices que han observado la ley se llega hasta Aaron y Moisés, desde este á los patriarcas y hasta llegar al origen del mundo! ¡Qué sucesion! ¡que tradicion! ¡que maravilloso encadenamiento! Si nuestro espíritu, naturalmente incierto y convertido por sus propias incertidumbres en juguete de sus propios racionios, se vé en la necesidad, cuando se trata de la salvacion, de ser fijado y determinado por cierta autoridad, ¿que otra autoridad mas respetable que la de la Iglesia católica, que en sí reúne la autoridad de los siglos pasados y las antiguas tradiciones del género humano, hasta su origen primitivo?»

«A los que sin pararse en reflexiones pretenden sacar argumentos contra la Iglesia de los defectos en que pueden haber incurrido los depositarios de la fé, los tendremos siempre por hombres de escaso entendimiento ó de refinada malicia, á los que se les puede dirigir las expresiones de Napoleon I á sus interlocutores de la isla de Santa Elena: «Si no comprendéis que la Iglesia católica es divina, yo hice mal en creeros capaces de filosofia.»

«Antes que Miguel Angel trasportara por los aires el Panteon de Agrippa, dice Lacordaire, elevando la cúpula de San Pedro, podia disputarse el mérito de semejante empresa; hoy el que contempla el hecho realizado, cae de rodillas ante la inmensidad creada por Miguel Angel, y descubre fácilmente mil concluyentes motivos de admiracion. Pues bien, concluye él mismo; el cristianismo entraña en su divina plenitud los pensamientos más puros, más grandes, más necesarios, más demostrados que se han concebido; es el Panteon de la razon humana construido por la mano de Dios y cimentado con su sangre.» Así podemos concluir de este modo: Cuando la unidad católica se ha conservado sin el menor eclipse cerca de diez y nueve siglos que de existencia cuenta el cristianismo, ¿podrá dudarse de su divinidad?

«Sin embargo, doloroso es observar los grandes esfuerzos que

el moderno filosofismo viene haciendo por llevar á cabo su loco proyecto de destruir el cristianismo. Las herejias de los tiempos presentes son las mismas que con tanta energia pulverizaron los Padres de la Iglesia y los Santos concilios; han sido sacadas de su inmunda fosa por nuevos apóstoles del error, que pretenden convertirse en maestros de la familia humana. Empero á estas herejias, que hoy vuelven á aparecer adornadas con nuevos y vistosos atavios, se añade la peor de todas ellas, que es la indiferencia, veneno terrible que embota todo bello sentimiento, y que es la muerte del corazon, la muerte del alma. ¡Desgraciado el pueblo que cae en el indiferentismo religioso! ¡Sin la fé, sin las creencias católicas, cuan poco agradable seria una vida que está llena de sinsabores!»

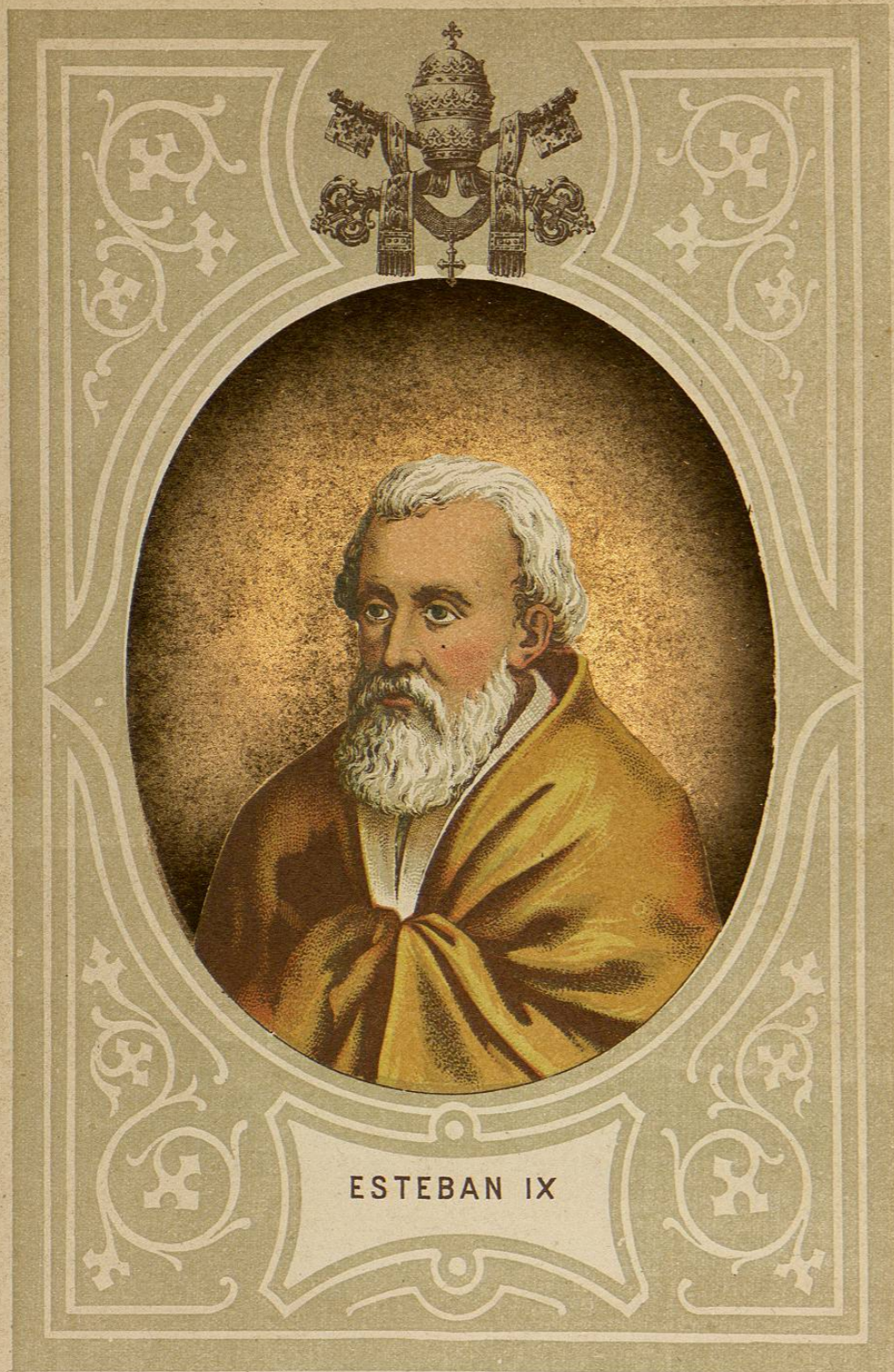
El año de 936 fué elevado á la Santa Sede Leon VII, el cual lejos de buscar esta dignidad, hizo cuanto pudo para excusarse de admitirla. Era un siervo de Dios muy aplicado á la oracion y meditacion de las cosas celestiales, afable y prudente. Por encargo suyo San Odon, abad de Cluni, pasó á Roma, puso en paz á Hugo rey de Italia, con Alberico, príncipe romano, y restableció la observancia en el monasterio de San Pablo. En una decretal de Leon, sobre varios desórdenes de la Baviera y paises inmediatos, vemos que era entónces muy comun el detestable abuso de casarse públicamente los presbíteros. El Papa manda deponerlos, pero permite que los hijos de estos falsos matrimonios sean promovidos á las sagradas órdenes. Murio Leon VII, el año de 939.

Estéban IX, su sucesor, concedió el palio á Hugo, arzobispo de Reims, hijo del conde Herberto. Hugo, era el mismo que siendo niño de cinco años, fué electo para esta iglesia con aprobacion del papa Juan X. Después fué echado, y Artaldo puesto en su lugar. Ahora fué arrojado Artaldo por mas que protestó y apelo al Papa, y en un concilio fué consagrado Hugo, que ya tenia unos veinte años. Gozó poco de la dignidad, pues el año de 945, Artaldo fué otra vez restablecido. Hugo, procuró algunas veces recobrar la iglesia, pero jamás pudo ni aun en 961, en que murió Artaldo, antes bien fué excomulgado en varios concilios. Semejantes intrusiones y deposiciones, eran frecuentes en Francia, y en gran parte provenian de las guerras continuas, en que tanto papel hacian los obispos. Pero la disputa fué mas tenaz de lo regular en este caso,



LEON VII.





ESTEBAN IX

